

# BIOY CASARES Y EL LENGUAJE DE LOS ARGENTINOS

POR

MIREYA CAMURATI

*State University of New York at Buffalo*

Con excepción de las dos primeras novelas —*La invención de Morel* y *Plan de evasión*—, la mayoría de los relatos de Adolfo Bioy Casares se ubican en Buenos Aires y sus alrededores. Los personajes son argentinos, y preferentemente porteños.

Sobre esta base, no resulta extraño que el escritor se preocupe por determinar y utilizar peculiaridades del habla de esas gentes para así otorgar verosimilitud al ambiente de sus ficciones.

Con frecuencia, la obra de Bioy señala rasgos propios del idioma de los argentinos, ubicados dentro de su contexto natural. Con esto queremos notar que Bioy es un observador cuidadoso de las modalidades del habla y un escritor astuto en la manera en que asigna un lenguaje a sus personajes. Por ejemplo, en algunos de sus textos aparece la inconsecuencia en el uso y aplicación del voseo, actitud común en muchos hablantes argentinos.

Por otro lado, Bioy no cae nunca en la exageración o abuso de un lenguaje «típico» argentino o de ciertos grupos de argentinos, excepto cuando lo utiliza intencionadamente como recurso humorístico o satírico. Tal el caso de las obras en colaboración con Borges bajo el nombre de Bustos Domecq o Suárez Lynch.

El tema del idioma de los argentinos en relación con la narrativa de Bioy Casares es amplio y matizado. Como tal, exige un análisis que sobrepasa los límites de este estudio. Aquí sólo vamos a comentar una publicación de Bioy que, creemos, no ha recibido la atención que merece por parte de la crítica. Nos referimos a su *Breve diccionario del argentino exquisito*.

A fines de 1971 aparece, en tirada de dos mil ejemplares, el *Breve*

*diccionario del argentino exquisito* de Javier Miranda<sup>1</sup>. Cuando le preguntamos a Bioy Casares las razones de esconderse tras el seudónimo, nos contesta que lo hizo un poco por timidez y otro poco por afán de juego o travesura. Ambas explicaciones son aceptables. En primer lugar, aunque el *Diccionario* contiene muchos de los elementos habituales en el estilo del autor —ironía, humor, mezcla de lo real y lo apócrifo—, entra también en terrenos propios de lo que podría interpretarse como una normativa lingüística, campo del que Bioy prefiere mantenerse alejado. Además, está la ventaja de que el anonimato preserva de las reacciones antagónicas que siempre provoca una obra satírica.

La intención de confundir identidades está acentuada en la nota de la tapa, cuando se alude al autor como erudito que «deja atrás sus investigaciones en otros campos, diplomacia, narrativa o historia, para mostrar una disciplina al lector». Según la anécdota que cuenta Bioy, inclusive Victoria Ocampo, tan cercana a él por relaciones profesionales y familiares, cayó víctima de la travesura.

Aunque algunos lectores curiosos —como Victoria Ocampo— se interesaron por el libro y finalmente descubrieron quién era Javier Miranda, parece que la publicación no tuvo mucho éxito de venta y pasó casi ignorada aun para los seguidores de la obra de Bioy Casares.

La difusión considerable de las nuevas ediciones del *Diccionario* a partir de 1978<sup>2</sup> probaría que la edición de 1971 sufrió las consecuencias de no apoyarse en el renombre del verdadero autor. Por otra parte, comparándolas, se observa que la última edición presenta un texto corregido y aumentado. El número de páginas va de 57 en la de 1971 a 161 en la de 1978. Esto es el resultado de incluir más vocablos, de extender la explicación de su significado y de indicar con más precisión (aunque, como veremos, generalmente apócrifa) las fuentes de referencia.

Sin embargo, hay catorce palabras que figuraban en la primera edición y que se han suprimido en la segunda. La lista es la siguiente: APOSTOLADO, CONSUMO, EMPLEADA, ESTRÉPITO, ESTUPOR, PATÍBULO, TRUCULENTO, OPUS DEI, PALABRA, REALIZARSE, ROBE, SALIDA CONSTITUCIONAL, SUMO PONTÍFICE, VESTICASA.

No sabemos el porqué de las omisiones. Tratándose de un escritor cuidadoso de su obra como Bioy Casares, suponemos que las razones deben haber sido estéticas o conceptuales, relacionadas con la estructura y organización del texto. Pero también pueden haber influido cir-

<sup>1</sup> Buenos Aires: Barros Merino, 1971.

<sup>2</sup> Adolfo Bioy Casares, *Breve diccionario del argentino exquisito* (Buenos Aires: Emecé Editores, 1978). Todas las referencias a esta obra se harán por número de página solamente, según esta edición.

cunstancias sociopolíticas. Es difícil calificar a la historia argentina entre 1971 y 1978 sin caer en una grosería o un eufemismo. En ese ambiente, caldeado y trágico, no sería apropiado deslizar definiciones como las siguientes:

APOSTOLADO. Apoyo al comunismo. «Su noble apostolado le valió el premio Stalin.»

REALIZARSE. «Un general que no llega a la presidencia, no se realiza.»

SALIDA CONSTITUCIONAL. Panacea o, mejor dicho, «el florido sendero que conduce al fuego inextinguible», según William Shakespeare, citado por el señor Suárez.

Es lástima, porque algunas de las líneas suprimidas contienen una buena dosis de humor y agudeza. Así:

OPUS DEI. «Según una conseja ya conocida por nuestros abuelos, Juan XXIII, al llegar a las puertas de la Gloria, dijo a San Pedro: —He muerto con tres dudas últimas. Los franciscanos, ¿son tan pobres como la gente cree? Los jesuitas, ¿son tan inteligentes como ellos creen? —¿Y la tercera, hijo mío? —preguntó San Pedro. Ruborizándose, exclamó por fin el alma del Papa: —¿Qué significa Opus Dei?» (L. Antuñano, *Clásicos Maucci de chascos y chistes*, Barcelona, 1967).

SUMO PONTÍFICE. *Papa*, pero más del gusto de los periodistas. La forma abreviada, como en el título «El Sumo reunió a sus cardenales», nos parece irrespetuosa.

Otra diferencia importante es que en la versión de 1978 se aclara mejor (o se confunde más, según se mire) la procedencia de las citas. Abundan las referencias a diarios, gacetillas, avisos, solicitadas, crónicas, declaraciones, noticias y a una cantidad de obras inventadas o con alteraciones de intención humorística. Por ejemplo:

(Byron, *Don Juan*, traducción básica, Rosario, 1973) (p. 19).

(Mosco, *Poetas de la tierra*, Ceres, 1971) (p. 33).

(Malón de Chaide, *Historia del fútbol rioplatense*, Montevideo, 1971) (p. 58).

(I. Astul, *Volvamos a Lessing*, Azul, 1971) (p. 125).

Lo que es curioso es que ahora Bioy menciona como autores de algunas de las definiciones a varios de sus personajes en obras anteriores. Tal es el caso del inefable Gervasio Montenegro de los *Seis problemas para don Isidro Parodi*, *Un modelo para la muerte* y las *Crónicas de*

*Bustos Domecq*; Tulio Savastano de *Un modelo para la muerte y Nuevos cuentos de Bustos Domecq*, y Reger Samaniego, el director del Instituto, en *Dormir al sol*. También varias citas provienen de otras supuestas obras de Javier Miranda, el «autor» de la primera edición del *Diccionario*.

Este recurso de tornar más real a un ente de ficción haciéndolo reaparecer en distintas historias viene de lejos (Balzac) y es muy común en la narrativa contemporánea, inclusive en la de Bioy Casares y Borges. Lo que aquí tiene de novedoso es que el supuesto autor es el mismo Bioy, verdadero autor, escondido tras el nombre de Javier Miranda en la primera edición del *Diccionario*.

Continuando con el cotejo de las dos versiones, llegamos al «Prólogo», también mucho más extenso y explícito en la edición de 1978. Javier Miranda acusaba como culpables de las deformaciones del idioma a «un tropel de presidentes, de ministros, de militares, de sindicalistas, de profesores, de anunciadores, de arquitectos, de médicos, de periodistas, de dentistas, de sociólogos y de psicólogos». Y suponía que los «curiosos errores» provenían de «la superstición en favor de la riqueza de vocabulario y el miedo consiguiente de repetir palabras».

En el «Prólogo» de 1978, Bioy circunscribe la culpa a «políticos y gobernantes» (p. 7), y más abajo casi repite las mismas líneas de la edición anterior:

El culto de la riqueza de vocabulario va acompañado por el temor, generalmente ridículo, de repetir palabras. En trance de evitar repeticiones, sometemos al lector a un régimen de sobresaltos, como si destapáramos monigotes de resorte: el decaído *carnaval* de la primera línea reaparece en la segunda como *dios* o *rey Momo*, el *ladrón* como *caco*... (pp. 9-10).

Las críticas al uso erróneo o afectado del idioma se extienden a lo largo del «Prólogo»:

Para alcanzar la admiración por el manejo de palabras exactas (los amigos del *mot juste* no previeron las consecuencias de su prédica) se engendran fealdades complicadas, como *microexperiencias ferrourbánicas*, o desvaídas, como la *planta tipo* de los arquitectos. Para dar más prestigio a una acción, para conferir un ascenso (nominal, siquiera) a una persona o a una cosa (como cuando llamamos *cabo* al vigilante que nos hace la boleta), o nada más que por afición a la pompa, echamos mano de *optimizar*, *consustanciados*, *los recaudos que hacen a mi función*, *empleado de casa de renta*, *con mi proverbial modestia me retiré a mis aposentos*. Porque somos extremadamente exquisitos

preferimos *equivoco* a *error*, *subsiguiente* a *siguiente*, *disenso* a *desacuerdo*.

.....

Hay quien supone que si tiene a mano el diccionario de la Real Academia escribirá bien. La verdad es que podrá escribir mal con palabras registradas en ese o en cualquier diccionario. Tal vez los de sinónimos sean los más peligrosos; nunca debiéramos emplear palabras en que el sinónimo se transparenta (pp. 8-9).

Estos párrafos recuerdan algunos de Borges en su conferencia de 1927 sobre «El idioma de los argentinos»:

Abre el patán y el que no es patán nuestro diccionario y se queda maravillado frente al sinfín de voces que están en él y que no están en ninguna boca. No hay un lector, por más lector de otras publicaciones que sea, que no resulte convencido de ignorancia frente a esas páginas. El criterio acumulativo que las dirige —el que sigue cargando sobre el léxico de la Academia los vocabularios enteros de germanía, de heráldica, de arcaísmos— ha reunido esas defunciones<sup>3</sup>.

La sinonimia perfecta es lo que ellos [los académicos] quieren, el sermón hispánico. El máximo desfile verbal, aunque de fantasmas o de ausentes o de difuntos.

.....

La sueñera mental y la concepción acústica del estilo son las que fomentan sinónimos: palabras que, sin la incomodidad de cambiar de idea, cambian de ruido<sup>4</sup>.

Yo creo de veras que esa retahíla de equivalencias es recurso tan ajeno a la literatura como la posesión o no posesión de una nítida caligrafía. Por lo demás, la falible magnificencia de los sinónimos es tan indiscutida por la Academia que ésta los suele ver hasta donde no están, y así en lugar de decir *hacerse ilusiones* —frase que declara solecismo, no sé por qué— propone que digamos con metáforas de herrería *forjarse ilusiones* o *quimeras*, o si no, a lo sonámbulo: *alucinarse*, *soñar despierto*<sup>5</sup>.

Esta furia borgeana contra la sinonimia y la Academia puede explicarse en parte si recordamos que por esos años Borges estaba renegando de los no muy lejanos excesos ultraístas.

La actitud de Bioy no es airada ni intencionadamente didáctica. Observa el fenómeno, trata de hallarle alguna explicación, da ejemplos y,

<sup>3</sup> Jorge Luis Borges, *El idioma de los argentinos*. José Edmundo Clemente, *El idioma de Buenos Aires* (Buenos Aires: Peña, Del Giudice-Editores, 1952), p. 20.

<sup>4</sup> Borges, p. 21.

<sup>5</sup> Borges, p. 22.

a lo más, insinúa la esperanza de que el librito sirva para desanimar a futuros «exquisitos»:

Considero que este diccionario no es inútil si pone en evidencia el engolamiento de quienes adornan sus ideas y su estilo con la falaz pedrería de *programática*, de *acervo*, de *coyuntural*, etc. La próxima vez, cuando estén por estampar alguna de esas palabras lujosas, quizá recuerden y valicen (p. 11).

Gustave Flaubert expresaba un deseo semejante en relación con su *Dictionnaire des idées reçues ou Catalogue des opinions chic*. En diciembre de 1852 escribe a su amiga Louise Colet:

Il faudrait que, dans tout le cours du livre, il n'y eût pas un mot de mon cru, et qu'une fois qu'on l'aurait lu on n'osât plus parler, de peur de dire naturellement une des phrases qui s'y trouvent<sup>6</sup>.

Dijimos que Bioy no se muestra irritado ante esas «manifestaciones de afectación, ligeramente sorprendidas y ridículas» (p. 7), aunque sí preocupado. Dice en el «Prólogo»:

Quienes profesamos afecto por nuestro idioma —al fin y al cabo, hablándolo recorrimos la vida— estamos un poco alarmados por las consecuencias de esta invasión de voces nuevas (p. 8).

Los que vivieron o estuvieron de visita en Argentina en la última década coincidirán sin duda con la inquietud de Bioy. Por otra parte, creemos que en muchos casos fue evidente la relación entre hechos circunstanciales y un vocabulario adecuado a los mismos. Por ejemplo, cuando la economía argentina entró en un período caótico comenzaron a usarse en los periódicos y medios de difusión una cantidad de palabras nuevas y, suponemos, necesarias para expresar situaciones y acciones insólitas.

Del *Diccionario* tomamos las siguientes:

INDEXACIÓN. «Otro cliente de barba como la suya y aplico la indexación a las afeitadas» (*Quejas de un oficial peluquero*, Buenos Aires, 1978) (p. 81).

DESFASAJE. Falta de correspondencia entre condiciones o circunstancias. «En la espiral inflacionaria, tarde o temprano se produce el

<sup>6</sup> Gustave Flaubert, *Correspondance*. Nouvelle édition augmentée. Troisième série (1852-1854) (Paris: Louis Conard, Libraire-Éditeur, 1927), p. 67.

desfasaje entre precios y salarios» (Don Juan de Jasses, *El mejor pago*, Las Flores, 1977).

Lo más granado del farabutaje  
celebró con jarana el desfasaje

(Descripción circunstanciada y solemne de un acto oficial, los días, *illo tempore*) (p. 50).

AJUSTE. Modificación, mejor dicho aumento, de tarifas, de impuestos, de precios.

¿Me dice que no me asuste  
y viene con otro ajuste?

(Modesto Requena, *De pan vive el hombre*, Buenos Aires, 1973) (p. 20).

POTENCIAL. «El relevante potencial que otrora exhibiéramos, acusa merma, mucho me temo» (C. Cross, *Melancólica imagen*) (p. 118).

Y podríamos continuar con otros ejemplos como EJECUTIVO (p. 55), REAJUSTE (p. 129) o SOBREDIMENSIONAMIENTO (p. 139).

Biroy Casares comenta y trata de hallar una explicación para el fenómeno: «Es curioso el hecho de que tanta gente, en una época de penuria como la actual, se vuelque a la tarea de enriquecer el vocabulario. Frenéticamente inventa palabras, o las desentierra de libros (¿no es increíble?), donde dormían el sueño de los muertos, o le confiere acepciones forzadas, incorrectas, fantasiosas, pero nuevas. Piensa tal vez que no sólo de pan vive el hombre, y que, afligidos por infinidad de privaciones, a lo mejor encontramos alguna compensación, o por lo menos consuelo, en la certidumbre de que a cualquier hora del día o de la noche podemos recurrir a las palabras *fractura, estructura, infraestructura...*» (páginas 7-8).

Otra amenaza para el hablante sensato —y delicia para el exquisito— es la penetración de palabras extranjeras. A fines de 1979 apareció en el diario *Clarín*, de Buenos Aires, un artículo firmado por María Teresa Canevaro con el título de «Idioma del importado»<sup>7</sup>. En él, la periodista comenta las consecuencias del ingreso masivo de artículos importados, no sólo como elemento que distorsiona el mercado interno y la industria local, sino específicamente por las alteraciones que produce en el idioma. Ocurre que los productos extranjeros llegan con manuales o instrucciones para su uso escritos en un español irreconocible. Para ilustrar el tema transcribe frases de estos manuales y también algunos avisos publicitarios. Por ejemplo, el siguiente sobre un automóvil:

<sup>7</sup> María Teresa Canevaro, «Idioma del importado», *Clarín*, «Cultura y Nación», Buenos Aires, 25 de octubre de 1979, p. 3.

Atrevido, sensacional, fascinante, pero usted no puede saber cuán buena sea la calidad hasta que no haya probado esta estupenda máquina. Líneas impecables en su comportamiento. ¿Pero es su interior espacioso? Pues pueden montar cuatro adultos. Y además, manejo ligero y colores coordinados. Para servicio, usted puede consultar a la tienda original; todo lo necesario es obtenible comercialmente.

En sus *Diccionarios*, Bioy Casares había señalado varios vocablos invasores:

CONTACTAR. Palabra que nos viene de Norteamérica, donde era muy usada entre *gangsters*. «Quisiera que quienes no contactaron con una villa de emergencia sepan...» (*Carta de una asistente social*, los diarios, Buenos Aires, 6 de agosto de 1971). «La señorita diputada me contactó en el zaguán» (*Enhebrando añoranzas*, por «Un viejo ascensorista negro») (p. 39).

AGRESIVO. «Mediante promoción agresiva, nuevo laxante conquista mercados» (Avido de una agencia de publicidad) (p. 19).

CARISMA. Don que se encuentra en los sujetos más insospechados (carismáticos).

A esos fulanos de tanto carisma  
tarde o temprano les rompen la crisma.

(D. Perazo, *Nadie la talla*, Buenos Aires, 1974) (p. 33).

Y dentro del mismo grupo: COMPETITIVA (p. 35), MOTIVAR (p. 99) y SOFISTICADO (p. 139), entre otros.

Una disciplina que desde tiempo atrás viene proveyendo términos para el vocabulario exquisito es la psicología, y más activamente el psicoanálisis. Bioy aclara:

ANÁLISIS. Entre entendidos, psicoanálisis. Para emplear la palabra en su acepción anticuada de examen, añádase el epíteto «exhaustivo», que la actualiza. En este sentido la palabra también resulta aceptable si va precedida por «en último». «En último análisis usted es lo que se llama un sotreta» (Formento, *Cartas al amigo*) (p. 21).

Otras voces dentro de este grupo son:

CONFLICTUADO. «El protagonista, junto con otros seres conflictuados...» (*Crítica cinematográfica*) (p. 37).

PAREJA. Conjunto de dos personas que hacen vida conyugal. «¿Cómo vive usted su pareja?» (*Encuesta para la erección de un consultorio psicossociológico*). Cada una de las personas que forma la pareja. «Yo diría que el gran drama nacional es el del pobre aficionado



cuya pareja no desea el triunfo del mismo cuadro» (Aldini, *Fútbol con soda. Cincuenta años en la tribuna*) (p. 114).

INTERNALIZAR. 1) Tomar conciencia de algo. 2) Estar resignado a ello. «Ya sé que soy petisa, pero lo internalicé sin problemas» (p. 84).

Dentro de la misma jerga se incluyen: MASOQUEAR (p. 96); NIVEL, A (p. 103); CASTRADOR (p. 34).

Consecuente con la afirmación de que el autor tomó la mayor parte de las palabras que anota en su *Diccionario* de declaraciones de políticos y gobernantes, la lista de esta clase es extensa. Así, entre otras, leemos las explicaciones para APERTURA (p. 22), TRASCENDIDOS (p. 147), SECTORIZAR (p. 137), TOMA DE CONCIENCIA (p. 145), ACTIVISMO (p. 18), PLAZOS (p. 117), COMPATIBILIZACION (p. 34), RELEVANTE (p. 131), ACCEDER (p. 17).

Por supuesto, estas enumeraciones de vocablos agrupados según su índole o procedencia no agotan el contenido del libro. Sería posible referirse a otros grupos o jergas como la de los medios de difusión, sectores comerciales o ambientes académicos. En relación con los últimos, Bioy incluye un vocablo con su explicación socarrona. Es cuando anota:

PRIVILEGIAR. Verbo ya usado por Góngora, hoy casi inevitable entre profesores de universidades norteamericanas.

La doctísima Chocón  
privilegia el ministrón.

(*Quién es quién en el mundo universitario*, entrega de 1974) (p. 120).

A la edición de 1971 Bioy le pone un epígrafe de Samuel Johnson («My dear friend, free your mind of cant»), que no aparece en la segunda edición de 1978. En cambio, en ambas versiones enumera obras que considera antecedentes de su libro. Entre éstas nos interesa ahora referirnos al *Dictionnaire des idées reçues ou Catalogue des opinions chic*, de Gustave Flaubert, y a los escritos de Landrú.

Desde su juventud, Flaubert se ocupó de reunir las notas que integran su *Dictionnaire des idées reçues*, aunque nunca llegó a revisarlas u ordenarlas para publicación. Algunos críticos suponen que el *Dictionnaire* iba a integrar el segundo tomo de *Bouvard et Pécuchet*, la última novela de Flaubert, que quedó inconclusa a su muerte. Lo cierto es que ambas obras están muy relacionadas. (En muchas ediciones de las últimas décadas, el *Dictionnaire* aparece como apéndice, al final del texto de la novela.) *Bouvard et Pécuchet* ha sido calificada como «encyclopé-

die critique en farce»<sup>8</sup>. De los diálogos de sus dos protagonistas podrían seleccionarse sin dificultad frases que se ordenarían en la lista de vocablos del *Dictionnaire*. Y a la inversa, algunas de las palabras de éste, con su explicación, pasarían fácilmente a ubicarse en el texto de las conversaciones de los dos amigos.

En ambas obras, Flaubert arremete contra la ignorancia, los prejuicios y la tontería personificada en el tipo del burgués. En *Bouvard et Pécuchet* su furia está suavizada por el carácter novelesco de la obra. En cambio, en el *Dictionnaire* está al desnudo. Esta actitud de crítica a la hipocresía y estupidez burguesa era común entre los artistas contemporáneos, pero Flaubert la ejerce con particular virulencia. El *Dictionnaire* era para él un instrumento apropiado para desahogar su cólera y fustigar al mediocre ensoberbecido. Así lo expresa en una carta fechada en agosto de 1853: «Je remettrai tout dans mon Conte oriental. Là je placerai mes amours, comme, dans la préface du *Dictionnaire*, mes haines»<sup>9</sup>.

La ironía mordaz es evidente a lo largo del texto. Así cuando anota para «ACADÉMIE FRANÇAISE. La dénigrer, mais tâcher d'en faire partie si on peut»<sup>10</sup>. O para «BASES. De la société, sont (*id est*) la propriété, la famille, la religion, le respect des autorités. —En parler avec colère si on les attaque»<sup>11</sup>.

Algunas definiciones suenan familiares en el presente. Por ejemplo: «BUDGET. Jamais en équilibre»<sup>12</sup>.

Otras resultarían apropiadas para el vocabulario de un porteño: «HUMIDITÉ. Cause de toutes les maladies»<sup>13</sup>.

Si ahora consideramos la relación entre el diccionario de Flaubert y el de Bioy Casares, y cuál puede haber sido la influencia del primero sobre el segundo, notaremos que entre los dos textos hay semejanzas y diferencias.

Ante todo, y como lo indica el título, el *Dictionnaire* de Flaubert es una compilación de lugares comunes, de clisés e *ideas* aceptadas por la sociedad sin detenerse a considerar su validez y autenticidad.

<sup>8</sup> Raymond Queneau, «Préface» a Flaubert, *Bouvard et Pécuchet* (Paris: Le Livre de Poche, 1959), pp. 7-11.

<sup>9</sup> Flaubert, *Correspondance*, p. 295.

<sup>10</sup> Gustave Flaubert, *Le Dictionnaire des idées reçues ou Catalogue des opinions chic* como apéndice a *Bouvard et Pécuchet* (Paris: Le Livre de Poche, 1959), p. 403.

<sup>11</sup> Flaubert, *Le Dictionnaire*, p. 405.

<sup>12</sup> Flaubert, *Le Dictionnaire*, p. 406.

<sup>13</sup> Flaubert, *Le Dictionnaire*, p. 420.

El de Bioy Casares presenta una lista de *palabras*, la mayoría propias del vocabulario español, pero que han sido deformadas por el uso y abuso que de ellas hace el «exquisito».

En cuanto a la intención de crítica a la sociedad y sus hablantes, el tono de Flaubert es duro; el de Bioy, festivo.

En lo que sí se asemejan es que ambos diccionarios traen expresiones que pueden ser las de algunos de los personajes en otras obras del autor. En el caso de Flaubert, como ya comentamos, algunas de las explicaciones del *Dictionnaire* no desentonarían en boca de Bouvard o Pécuchet.

Bioy Casares anota que varios de los vocablos exquisitos provienen de textos de Gervasio Montenegro, Reger Samaniego o su *alter ego* Javier Miranda. Pero también en sus obras narrativas encontramos la palabra exquisita usada por alguno de los personajes. Por ejemplo, en *Nuevos cuentos de Bustos Domecq* refiere Tulio Savastano: «—¿Está por darme una primicia? —le cuestioné»<sup>14</sup>. Si vamos al *Breve diccionario* leemos: «CUESTIONAR. Balance que yo cuestiono / aunque lo firme Pío Nono (*Repertorio de respuestas al uso*)» (p. 41).

En resumen, creemos que cuando Bioy anota el *Dictionnaire* de Flaubert como antecedente del suyo nos da una información útil, aunque, como hemos visto, la influencia del texto del escritor francés sobre el argentino haya sido secundaria.

En lo que hace a la intención de burla de ciertas modalidades de la sociedad argentina, tal vez tenga más influencia en el *Breve diccionario* la «obra dispersa en periódicos, de Landrú», que Bioy menciona como otro de sus antecedentes. Landrú es el seudónimo de Juan Carlos Colombres, dibujante y humorista argentino, quien, en 1956, comienza a publicar en Buenos Aires *Tía Vicenta*, revista especializada en la caricatura política y de tipos representativos de la sociedad porteña y burguesa. A causa de las restricciones a los medios de difusión impuestas por el gobierno militar, en 1966 la revista no sólo cambia de nombre (*María Belén*), sino también de tono, limitando y suavizando las alusiones políticas. En ambas publicaciones aparecía una sección con el título de «La página del Barrio Norte»<sup>15</sup>, con la parodia de un diálogo entre dos burguesas<sup>16</sup>. El epígrafe que Bioy pone a «Historia prodigio-

<sup>14</sup> Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares, *Nuevos cuentos de Bustos Domecq*, segunda edición (Buenos Aires: Ediciones Librería La Ciudad, 1977), p. 124.

<sup>15</sup> Barrio tradicional y aristocrático de Buenos Aires.

<sup>16</sup> También había secciones en forma de diccionario. Por ejemplo, el «Petit Arturex Ilustrado» (Arturo Frondizi era entonces presidente de Argentina), o el «Diccionario disidente», por Armando Chulak. En la letra G del «Petit Arturex

sa»: «Yo siempre digo: no hay nadie como Dios. *Una señora argentina*»<sup>17</sup>, está muy en la línea del humorismo de Landrú.

Para cerrar estos comentarios cabe ahora considerar el lugar que corresponde al *Breve diccionario del argentino exquisito* en el marco general de la obra de Bioy Casares.

Ante todo, pensamos que aunque este libro es diferente en estructura e intenciones a las novelas y colecciones de cuentos del autor, ciertas características lo acercan indudablemente al resto de su producción.

Al leer los artículos del *Breve diccionario* recordamos pasajes de otras obras de Bioy. En cuanto al humor apoyado en el lenguaje ampuloso y vacuo, vamos directamente a la prosa de Bustos Domecq, desaforada en los prólogos de Gervasio Montenegro, «de la Academia Argentina de Letras». Pero también al remedo del lenguaje cursi, espaciado en algunas escenas de *El sueño de los héroes*<sup>18</sup>, o a la parodia de los *hai-kais* puesta en boca de Rafael Urbina, el personaje de «La sierva ajena»<sup>19</sup>.

Si nos referimos al carácter aforístico de algunos de los artículos del

Ilustrado» leemos: «GENERAL. Grado superior en el Ejército. A los peligrosos, los hago empresarios; y a los peligrosísimos, embajadores. Así vivo tranquilo» (*Tía Vicenta*, año V, núm. 200, enero de 1962). En una página del «Diccionario disidente» se definen algunos vocablos en la siguiente forma: «ANALFABETISMO. Completa inmunidad a los procesos infecciosos propagados por la imprenta y propensión aguda a los de la radio y la televisión. FÚTBOL. Expresión deportiva del amor que consiste en perseguir apasionadamente un objeto y, una vez alcanzado, darle un puntapié» (*Tía Vicenta*, año X, núm. 361, 22 de mayo de 1966).

<sup>17</sup> Adolfo Bioy Casares, *Historias fantásticas* (Buenos Aires: Emecé Editores, 1972), p. 93.

<sup>18</sup> «—¿Voy a tener el honor —Baumgarten decía con su más cuidada sonrisa y parecía lavarse las manos, pero sólo las restregaba— de verla esta noche y depositarla en el umbral de su casa propia?» Adolfo Bioy Casares, *El sueño de los héroes* (Buenos Aires: Emecé Editores, 1969), p. 79.

<sup>19</sup>

*Tu mansión.*  
*Fuente de plata.*  
*Desde un rincón*  
*guiña una rata (p. 130).*  
*La alegría de amor*  
*quise explicarte.*  
*No alcanza el arte (p. 132).*  
*Oh noches del Rosario,*  
*vuestro asfalto oriné*  
*con fervor literario (p. 135).*

En Adolfo Bioy Casares, *Historias fantásticas* (Buenos Aires: Emecé Editores, 1972).

*Diccionario* podemos recordar ciertos «Fragmentos» de *Guirnalda con amores*, obra también semejante en cuanto miscelánea. Por ejemplo, leemos:

*Ultima reunión.* Reunirse con los otros: morir.  
Quieran los dioses prolongar mi soledad<sup>20</sup>.

En resumen, el *Breve diccionario del argentino exquisito* no se merece frente a otras obras de Bioy Casares y se acerca a algunas de ellas en cierto tono y rasgos de estilo. No sabemos si, como en el caso de Flaubert, este libro es uno de los preferidos del autor. Creemos notar en el texto no sólo el contento jovial que une en el chiste a autor y lector, sino también cierta complacencia al poder desahogar el fastidio que a alguien respetuoso del lenguaje provoca la «tilinguería» idiomática. Todo esto expuesto en la manera afable habitual en Bioy. Inclusive, y como al pasar, se permite sugerir un modelo deseable: «El que dice lo que se propone, de manera eficaz y natural, con el lenguaje corriente de su país y de su tiempo, escribe bien» (p. 10).

Acerca de la posibilidad de que Bioy continúe acumulando nuevos artículos para ampliar su *Diccionario*, no conocemos si esto entra dentro de los planes del escritor. El autor de la reseña del *Breve diccionario del argentino exquisito* publicada en *La Nación*, de Buenos Aires, en agosto de 1978<sup>21</sup> afirma que, «de proseguir la torrencial emisión de palabras presuntuosas, muy pronto [el libro] tendrá que verse prolongado en los innumerables apéndices que suelen acompañar a todo diccionario que se estime. Y material no va a faltar».

Para confirmar la última frase transcribimos a continuación párrafos de una carta de un funcionario estatal a otro, que fue publicada en un matutino porteño en febrero de 1980. Copiamos textualmente:

Al considerar un deber propio e ineludible, por ello indelegable, dado el alto cargo directriz institucional educacional que en la actualidad me toca desempeñar...

.....

Respaldando esta última apreciación y con carácter ejemplificador, haré una señalización que considero eminentemente indiscutible de tenerse en cuenta...

.....

---

<sup>20</sup> Adolfo Bioy Casares, *Guirnalda con amores* (Buenos Aires: Emecé Editores, 1959), p. 142.

<sup>21</sup> Eduardo González Lanuza, «Las palabras presuntuosas: *Breve diccionario del argentino exquisito* por Adolfo Bioy Casares», *La Nación*, sec. 3.ª, p. 4. Domingo 6 agosto 1978.

Más aún, considero adecuado para garantizar esa seguridad que, por períodos que se establecerían, debería existir un revisionismo de capacitación de dicho agente...

Frente a estas tiradas de exquisiteces, que dejarían humillado al mismísimo Gervasio Montenegro, no dudamos de la abundancia cada día mayor de términos para futuras ediciones de un *Diccionario*, ya no breve.

Secretamente, tenemos la esperanza de que Bioy continúe la tarea emprendida. Con ello alentará la vanidad de los exquisitos, quienes afanosamente seguirán haciendo méritos para ser mencionados en el *Diccionario*. Pero también brindará puro regocijo a sus lectores fieles.